

COMO SE SOCIALIZA FRANCIA (*)

POR

LOUIS SALLERON

Las grandes transformaciones políticas tienen todas una doble causa: la primera, espiritual; la segunda, material. Con interacciones permanentes entre una y otra. A largo término, siempre es la primera causa la más importante. A corto plazo, lo es la segunda.

En todos los países, la progresión del socialismo es el efecto de estas dos causas. Se comprueba en Francia desde hace largos años.

* * *

Denominamos «espiritual» la causa que actúa sobre el espíritu humano. Puede ser de la más alta calidad, mereciendo de esta forma plenamente el epíteto. Con mayor frecuencia, se trata de la corrupción de una verdad que en ese caso se hace «ideológica». La *ideología* que constituye la raíz del socialismo es la *igualdad*, corrupción de la justicia.

Giscard d'Estaing, que se vanagloria de defender la libertad por su liberalismo avanzado, se halla en realidad dominado por la ideología igualitaria. No oculta que su modelo es el régimen sueco, que combina una producción capitalista con una distribución socialista. Según los resultados espectaculares facilitados por los datos geopolíticos del país, este régimen parece haber entrado en fase de explosión y tiene que procederse a lacerantes revisiones. Advertimos, por otra parte, que un país que puede compararse en muchos aspectos,

(*) Traducimos al castellano de *Itinéraires*, 245, de julio-agosto 1980, este lúcido artículo de nuestro amigo Louis Salleron cuyos comentarios podemos aplicar también a España.

como Suiza, goza, dentro de una libertad superior, de una igualdad no menor.

Hemos citado, hace algunos años, las proposiciones desprovistas de ambigüedad que nuestro presidente exponía a los jóvenes republicanos independientes. Dirigiéndose a ellos, el día 5 de mayo de 1973, les decía: «Una sociedad homogénea debe tener un impuesto único, y se debe comenzar a ponerlo en práctica al mismo tiempo en las rentas altas y en las rentas bajas». Preconizaba «un régimen de protección social de base variable en función de la naturaleza de la actividad profesional» (1). Comentábamos: «Queremos una sociedad homogénea que no respete la *variedad de las actividades profesionales*, que nivela todo por el dinero sobre la base del *impuesto único*, es querer hacer del Estado un robot todopoderoso, destructor de la libertad en nombre de la igualdad y de la seguridad».

La ideología de la igualdad postula la de la *organización racional* que evoca el vocablo, ya aceptado, de *tecnocracia*. Nuestros tecnócratas salen ya sea de la Escuela Nacional de Administración o bien de la Escuela Politécnica, cuando no acumulan los diplomas de ambas honorables instituciones. Formados por las matemáticas y el juridismo al servicio del Estado, son muy sabios, muy inteligentes y de una elevada conciencia profesional. Pero la realidad social se les escapa. Cuando hacen una «opción política» es de tipo ideológico y no hace sino cubrir el particularismo de su ideología tecnocrática. Bajo diferentes etiquetas, su pensamiento es el mismo. Así, al leer los artículos de Jacques Attali y los de Christian Stoffaes, no podéis precisar que el primero es socialista, consejero de François Mitterrand, y el otro es liberal. En este aspecto, nos excusamos de recordar las proposiciones de este último en el número del verano de 1974 de *La Jaune et la Rouge* (Boletín de los politécnicos). Preconizando el mítico «impuesto negativo», admitía las dificultades de su puesta en práctica, principalmente a causa de «la parte todavía importante de los no asalariados». Aunque abrigaba esperanzas, dado el ritmo de la evolución

(1) Cfr. *Itinéraires*, 185, julio-agosto 1974.

económica, pero, decía, que «serán necesarios todavía algunos años antes de que esta situación se resuelva» (2).

Del mismo modo, para Christian Stoffaes, liberal, no socialista, el objetivo que debe alcanzarse es una sociedad compuesta únicamente de asalariados, cuyas rentas y actividades podrían ser, por el hecho de su condición, integralmente controladas y dirigidas por el Estado. No se trata ya de socialismo, se trata de comunismo. Pero, para él, es la libertad, pues estima que esta es la sumisión necesaria a la ciencia y a la razón.

Este es el clima ideológico en que viven los franceses desde 1973. ¿Podemos extrañarnos de los progresos gigantes realizados, en este período, por el socialismo?

* * *

A la causa ideada se añade la material. Esta es, ante todo y simplemente, el progreso técnico. Para no remontarnos al atalaje y al collar del caballo, digamos que la revolución industrial ha engendrado el mundo moderno. El desarrollo del maquinismo y de la energía ha conmovido las estructuras sociales.

En sí mismo, el progreso es neutro. Únicamente conduce al incremento de nuestro poder sobre la naturaleza. Pero si el «cuerpo extenso de la humanidad» no encuentra el «suplemento de alma» que exige, según Bergson, tiende a favorecer el materialismo al mismo tiempo que el racionalismo. Y esto es, precisamente, lo que no ha dejado de hacer.

El socialismo nació como protesta legítima, en sus orígenes, contra las injusticias del capitalismo liberal instituido por la revolución francesa, pero más tarde, poco a poco, fue haciéndose reivindicación igualitaria que la demagogia inherente a la democracia iba a nutrir indefinidamente.

Los *mecanismos* de la socialización se han puesto a punto por la evolución espontánea de la sociedad. Cuando la mayoría de la población ha pasado de la independencia (campesina, artesanal, comercial e intelectual) al asalariado, la designación por elección de los

(2) Cfr. *Itinéraires*, 188, diciembre 1974.

encargados de detentar la soberanía nacional ha dado el poder legal al socialismo. Poco a poco, el socialismo ha ido carcomiendo los poderes subordinados de la sociedad, en las regiones, en las profesiones, en los usos y costumbres, acorralando todas las libertades a los últimos reductos de sus propiedades.

El autoencendido de la socialización se efectuó, ahora y sobre todo, por la inflación, que al generar una formidable desigualdad entre aquéllos a quienes arruina y aquéllos a quienes enriquece, suscita, al mismo tiempo, la intervención del Estado para instituir una nueva igualdad a través de incesantes medidas fiscales y sociales que reducen a la condición salarial a los últimos independientes, aumentando la riqueza de los más ricos (difíciles de alcanzar) y convirtiendo en mísera la pobreza de los más pobres (cuyos ahorros son devorados), acortando la escala de los asalariados más allá de la justicia y en detrimento del bien común, favoreciendo, en fin, la destrucción del civismo en las costumbres y en todos los ámbitos.

Frente a esta anarquía, la ley es impotente. Por otra parte, desaparece cuando el legislador es un parlamentario convertido en una cámara que registra las decisiones del poder presidencial. Abriéndose detrás de unas leyes incomprensibles o ambiguas, florecen los decretos, las órdenes y las circulares, con las cuales, por millares, se pretende regular la multitud de casos particulares, a golpe de obligaciones, prohibiciones, exenciones, subvenciones, privilegios, penalizaciones, que nadie está en condiciones de conocer y que hacen a la Administración dueña de nuestros destinos.

Pero la Administración sólo puede alcanzar a quienes tienen una actividad normal y no disponen de la protección de los potentes poderes paralelos incrustados en el Estado, los del dinero, del sindicalismo y de los *mass media*.

La libertad se refugia en el trabajo negro y el capital negro, creadores de riquezas o salvaguardia del porvenir, pero factores de inmoralidad y de nueva desigualdad que, una vez más, suscitan medidas igualadoras de represión que sólo inciden en los desgraciados y poco afortunados, provocando en todos la inquietud, la irritación, la revuelta, y una cierta aspiración difusa a la catástrofe «para salir de la situación».

Sería interesante exponer, sector por sector, región por región, profesión por profesión, según la edad, la situación social, familiar, estado de salud, etc., los mecanismos concretos del proceso de socialización. Un estudio semejante sería precioso el día en que se den las condiciones que hagan posibles las reformas necesarias.

Con Simone Weil, podemos decir:

«Después del desplome de nuestra civilización, una de dos: O bien perecerá entera, como las civilizaciones antiguas, o se adaptará a un mundo descentralizado.»

«Depende de nosotros, no el romper la centralización (porque ella se convierte en una bola de nieve hasta la catástrofe), sino preparar el porvenir.»